

Interrogantes sobre el progreso de Colombia

Escribe: LAUREANO GOMEZ

El 5 de junio de 1928 pronunció el doctor Laureano Gómez la conferencia que se transcribe, pieza que provocó tan honda controversia que hubo de ser ampliada desde el mismo escenario el día 3 de agosto de aquel año. Estas dos conferencias, de carácter sociológico, se han conocido como "Las conferencias del Municipal".

Señoras y señores:

Esta cátedra fue establecida por la laudable iniciativa de Alfonso López, para responder a una apremiante necesidad social y corregir un vicio: la necesidad es la de conocer la posición intelectual que los hombres de pensamiento de las distintas generaciones que conviven en la actualidad, adoptan ante el fenómeno presente de la vida colombiana; el vicio es el del hermetismo y el silencio, el desvío y la desidia con que se ven pasar sucesos decisivos para el porvenir nacional, para los cuales faltan análisis y crítica que determinen un rumbo consciente y definido a la ideología colectiva y pongan fin a este navegar a la deriva de vientos arbitrarios, a que nos estamos habituando. No deseo ser considerado como vocero de mi generación, ni presumo de pensador ni de filósofo. Otros, más capacitados, asumirán ese papel, en la hora oportuna. Si he aceptado el ocupar este lugar, no vengo con tono magistral a decir palabras de sabiduría, ni a definir doctrinas y sentar conclusiones irrevocables; soy uno del auditorio, que se levanta al principio de este debate —que puede ser trascendental para orientar la mentalidad colombiana, si nuestra inconstancia y futilidad no lo disuelven y terminan— a presentar algunos motivos de incertidumbre, a abrir interrogantes ingenuos que sugie-

re una meditación desprevenida, y que estimula la noble ansiedad, propia del espíritu humano, a tratar de ver algo a través de los cendales de niebla que nos privan de la visión del porvenir. Estos interrogantes van dirigidos a facilitar a la nación el conocimiento de sí misma. El "noce te ipsum" que los latinos leyeron sobre la fachada del templo de Delfos, convertido en el supremo consejo de los moralistas para la perfección individual, tiene la misma saludable eficacia aplicado a las naciones. Sin ese conocimiento no es posible avanzar en el camino de la perfección colectiva, porque es preciso tener una idea cabal de su propio estado, de los progresos realizados ya y de los que faltan por hacer, de lo que se ha adquirido de laudable y lo que es aún defectuoso, para conservar lo uno y corregir lo otro. Sin este conocimiento, la nación se conduce al azar; toma, a menudo, los más errados caminos; cree obrar con la mayor sabiduría imitando la conducta de los pueblos que tienen reputación de habilidad y no cae en la cuenta de que tal ley o aquel uso, provechosos a una nación, puede ser gravemente perjudiciales a otra. Cada cosa debe ser gobernada según su propia naturaleza; los pueblos no pueden ser bien gobernados si no se les regula según su carácter, para lo cual es preciso conocer este carácter.

I

Elementos constitutivos de la nacionalidad

Sí, para fijar los términos nos atenemos a la clásica definición de Vattel, una nación es una sociedad de hombres que sobre un territorio se unen para obtener, por el consorcio de sus fuerzas reunidas, el adelanto y la seguridad colectivos. Siguiendo al mismo expositor, la suma de los deberes de una nación respecto de sí misma se resume en estos dos mandatos: **conservarse y perfeccionarse**. La conservación implica la viabilidad de la asociación política que la forma. La perfección se encuentra en aquello que la hace capaz de obtener el fin de la sociedad civil, siendo éste el procurar a los ciudadanos todas las cosas que requieren para las necesidades, la comodidad y las satisfacciones de la vida, para disfrutar de la mayor porción de dicha posible, desarrollar las actividades de su personalidad intelectual y física, defenderse contra el mal y protegerse contra las violencias y el abuso, teniendo además, la seguridad de pronta e ilustrada justicia.

Podemos examinar por separado los dos elementos esenciales de la entidad política que forma la república de Colombia: el territorio y la raza. De la consideración separada de esos factores, podemos deducir un conocimiento aproximado de su viabilidad, y por lo tanto de su conservación. Después, si observamos la manera como la raza actúa en el medio, adquiriremos nociones sobre el grado en que nuestra nación se perfecciona y hasta qué punto llena la misión que le es inherente por esencia. El conocimiento aproximado de las deficiencias existentes y de las ventajas conquistadas ya, sugerirá la formación de ideas matrices y gobernantes, con arreglo a las cuales puedan estudiarse los problemas particulares y los fenómenos parciales de nuestra vida democrática.

La tarea es noble y muy vasta. No puede caber en los límites de una conferencia, ni yo carezco del sentido crítico necesario para saber que no poseo las capacidades requeridas para llevarla a cabo. Una comparación puede servir para determinar el modesto alcance de la conversación de esta tarde. Es como si en compañía amistosa y despreocupada, vosotros y yo subiésemos a un mirador que tiene sus ventanas abiertas sobre la región de donde arrancan las vastas avenidas de la cultura de otros pueblos y por donde también corre el senderito que transitamos los colombianos. En el espejo maravilloso de la historia podemos ver los comienzos de sociedades que llegaron a ser ilustres y gigantescas y percatarnos de los factores que hicieron su prosperidad. Podemos ver desde el ventanal la dirección que lleva nuestro propio camino y los elementos en marcha. La comparación surgirá entonces, involuntaria e ilustrativa, y será llegado el momento de que se formule los interrogantes y las dudas.

II

El territorio. - El nirvana de la selva tropical. - La perspectiva aérea del país. - La engañosa apariencia de los recursos naturales. - Las regiones desiertas de los páramos. - El gigantesco desierto del sur y del oriente. - Tierra de zancudos y tierra de café.

El suelo de Colombia se extiende desde los cuatro grados de latitud sur (seno del Amazonas), hasta los doce grados de latitud norte (extremo septentrional de la Guajira). La primera observación que surge es que en estas latitudes, es decir, en la zona de diez grados al norte y diez al sur de la línea equinoccial, no

existe ninguna comarca que a todo lo largo de la historia del género humano haya sido nunca asiento de una verdadera cultura. Los países que tienen situación análoga a la de Colombia, con relación a línea ecuatorial, son: Liberia, Mandingo, Nigeria, Camarones, Niam-Niam, Chillurk, parte de Abisinia y el Somalí, el Congo francés y el Estado Libre, parte de Angola y lo que fue el Africa Oriental alemana en el Continente negro; las islas de Ceylán y Sumatra, la península de Malaca, las islas de Borneo, Mindanao y Nueva Guinea, en Asia y Oceanía; Venezuela, las Guayanas y la hoya del Amazonas en América.

Siendo tan pequeña nuestra capital, no la aventajan en número de habitantes, en esa zona, sino Colombo en Ceylán y Singapur, en Malaca; Pernambuco, la más oriental de las ciudades americanas, y Belén del Pará, en la desembocadura del Amazonas. Ninguna de las comarcas ni de las ciudades nombradas es ilustre en los anales de la civilización humana, y las cuatro ciudades que superan en población a Bogotá, en la zona propiamente ecuatorial, deben su prosperidad relativa al hecho de hallarse en encrucijadas de caminos universales, puntos de cita y de reposo para mercaderes y marinos, sin pretensiones ni arrogancias intelectuales. Por grande que sea la reserva con que deban acogerse las conclusiones generales de los antropogeógrafos, parece que puede aceptarse la de que, ésta, según el Virgilio americano,

“... fecunda zona
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser me anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes”

no es “tan dichosa tierra, y pingüe y varia”, como nos la endosa la poética fantasía, porque no ha servido jamás de marco natural a una cultura verdadera, ni reúne los caracteres de esas “tierras de humanidad” descritas por Brunhes, como propicias al desenvolvimiento de actividades inteligentes y aptas, sustentadoras de las empresas de los hombres. De todos los países de la zona de que vengo ocupándome, Colombia, Venezuela y Ecuador son los de mayor relativa cultura, y este fenómeno pudo producirse gracias a un accidente morfológico: el levantamiento de la Cordillera de los Andes. En los reductos erigidos por la rebeldía geológica, el hombre, ansioso de dominación sobre la tierra inhospitable,

se defendió de las asechanzas de los climas megatérmicos, y se refugió en las tierras elevadas, donde las temperaturas eran bajas, pero sometiéndose, y no sin peligros ni dificultad, a las también bajas presiones atmosféricas. Si, con la imaginación, suprimiéramos de nuestro territorio los levantamientos andinos, veríamos la manigua del Magdalena juntarse con la del Patía y el San Juan, el Putumayo y el Orinoco. La selva soberana y brutal, hueca e inútil, o las vastas praderas herbáceas y anegadizas se extenderían de un mar a otro mar apenas pobladas por tribus vagabundas. El pavoroso fenómeno vital de la selva amazónica se generalizaría sobre nuestro territorio. La naturaleza impondría su representación trágica en el alma de los salvajes, pobres seres errantes, atormentados por el terror. Dondequiera que la naturaleza tropical obtiene pleno dominio por las condiciones de humedad y de temperatura, impone su grandeza con tales caracteres de fuerza descomunal y arrebatadora que el espíritu humano se desconcierta y se deprime. El dominio de su monstruosa adversaria se transforma de terror en divinización. El alma se anega, se disuelve en el éxtasis de esa belleza desmedida y devoradora; se comprende la inutilidad de la lucha del minúsculo ser inteligente contra los infinitos hijos del lujurioso connubio de la tierra húmeda y el sol. Ese es el origen de la metafísica de la India, que hace posible la sujeción de 320 millones de hombres alucinados por el calor y la selva, a unos cuantos centenares de hombres modelados para el dominio del universo por el frío y el mar. En la selva amazónica, las razas primitivas que la habitan viven llenas de terror. Vense aisladas entre un cosmos hostil y los seres fantásticos y tenebrosos que son las divinidades de su ruda mitología. Los mitos son de índole salvaje; interpretaciones de la naturaleza enemiga, manifestada por el terror; ya es el terrible diablo que encarna las fuerzas amenazadoras y malignas de la naturaleza, o el genio misterioso del bosque, o el ave melancólica que se lamenta de no poder mudar sus plumas perpetuas, o el suplicio del animal devorado por su propia piel, o el esfuerzo para huir de los sufrimientos del mundo, con la esperanza de una vida mejor en alguna de las estrellas, o la dolorida explicación de que los ríos son llantos de la luna, lágrimas que corren por el mundo. Todos son mitos de alucinación, pavor, y melancolía, en el alma del salvaje que los engendra.

Esta metafísica primitiva tiene una consecuencia forzada que podemos observar entre nosotros, en algunas comarcas del Bajo Magdalena y de los otros ríos tropicales. Tal consecuencia

es el estado de inmovilidad en que permanece el alma de los hombres, sometidos a ese medio geográfico. Es una profunda inercia para la cultura, una letargia invencible. Los hábitos animales dominan al hombre animal. La naturaleza trasfunde a los hombres el frenesí lúbrico que les da el momentáneo olvido de la agonía del terror en que viven. Esos espíritus no hacen el viaje sentimental que les liberte de su propia animalidad. Su representación ideal del universo se reduce al espanto y al asombro. La mentira nace de esa perpetua ilusión en que se abisman y su perspectiva intelectual de mayor alcance es la de la naturaleza invencible e incontrastable. De esa pasividad e indiferencia de noche misteriosa en que divagan, viéneles, como una epidemia de ideal, el sentimiento de la negación de la vida, la renuncia a toda conquista del espíritu. La naturaleza les crea, sin llegar a las formas superiores del nirvana indica, el mismo fatalismo pesimista.

Viajando en hidroavión por la parte septentrional del país, se contempla un panorama muy ilustrativo. Se pasa primero sobre una comarca de tono general amarillento, interrumpido por extensas manchas de verde grisoso; es la vegetación de arbustos espinosos y la infinita variedad de plantas arborescentes, de la familia de las cactáceas, que luchan con la arena y los vientos salobres y son peculiares de los litorales marinos. Más adelante la gándara adquiere un tono uniforme verde oscuro, interrumpido en grandes trayectos por los espejos rutilantes de las aguas del río, dispersas en ciénagas, pantanos y canales innumerables. Volando sobre esta comarca, es raro ver el suelo, pues no se percibe sino la sólida alfombra verde de las copas de los árboles, que a Lindbergh produjo la impresión de una inmensa esponja o el de un campo sin fin de mullido terciopelo. Por kilómetros y kilómetros, hasta donde alcanza la vista, en largos trayectos de vuelo, no se distingue huella alguna de vida civilizada. De tarde en tarde los pequeños rectángulos de los "leñateos" y minúsculas estancias, comprimidas contra la ribera del río por la esponja oscura que no se deja despedazar. A mayores distancias, los caseríos pajizos, las aldeas, los burgos, como extraviados entre la fosca, o como agrupados sobre las barrancas altas de las riberas, teniendo a la espalda la temible asechanza de las aguas dormidas. Nada más lejano de producir la impresión de dominio por el hombre que aquellas vastas extensiones de selvas y de ciénagas. Visto desde la altura, el terciopelo verde oscuro se decora con

tonos admirables de rojos y amarillos: son árboles completamente cubiertos de flores. Las ciénagas copian el azul de los cielos y las caprichosas figuras de las nubes. ¡Maravilloso panorama para el aeronauta! Pero no para quien sabe que bajo aquel suntuoso y aterciopelado manto no hay nada útil para la vida humana, sino bejucos y maleza; y que aquellos húmedos espejos son el imperio de la muerte y el reino indiscutido de la fiebre maligna!

La tragedia de "nuestros grandes recursos naturales" se revela en el hecho de que en este país abrumado por la selva, cubierto de millones de millones de árboles primitivos, cuando se necesitan unos cuantos millares de traviesas de ferrocarril o unos pilotes para alguna modesta estacada, hay que importarlos de Norteamérica o sustituirlos con estructuras de hierro, también importadas. Los millones de árboles de nuestras selvas solo producen maderas fofas e inconsistentes, inadecuadas para las empresas humanas. Los pocos ejemplares de buena calidad hallanse tan dispersos, que su explotación es antieconómica.

Se dirá que cuando el hombre derribe la selva obtendrá magníficos terrenos para las faenas agrícolas. Tampoco esto es exacto siempre. Cuando visité por primera vez los trabajos del ferrocarril de Puerto Wilches, que tenía ya un sector de 60 kilómetros de vía férrea, contruídos a través de la manigua, me llamó la atención la soledad absoluta de los dos lados de la vía. No se veían sino las ruinas de los campamentos abandonados por los obreros; pero en ninguna parte estancias ni fundaciones que aprovecharan los desmontes hechos a lado y lado de los rieles, ni la facilidad de comunicación con nuestro gran río. Inquirí la causa, y me dijeron que aquella tierra, después del desmonte, no daba sino una o dos cosechas. En efecto, la capa vegetal es nula. El terreno es una especie de arcilla rojiza y granulosa desprovista de sustancias fértiles. La hectárea de tierra cubierta de bosque tiene algún valor, por la perspectiva de las primeras cosechas; la de tierra desmontada, ya que las dio, no tiene valor ninguno y solo sirve para campo de maniobras de serpientes y lagartos. Viajeros bien informados me han dicho que lo mismo ocurre en muchas regiones del Caquetá y Putumayo. Ahí está la segunda parte trágica de nuestros grandes recursos naturales.

No viajemos ahora en hidroavión. En el lomo de la mula tradicional emprendamos el camino de Santander. Salgamos de Belén de Cerinza con dirección a Charalá. A pocos kilómetros de

marcha ya estaremos sobre el lomo del páramo del Ture, donde la naturaleza no nos ofrece sino chite y frailejón, rocas desnudas, sombrías, hostiles, acantilados medrosos, quiebras profundas sin un palmo de tierra utilizable, y esto en una zona de diez a doce leguas de ancho. Igual desolación en los otros cruces de la cordillera desde Onzaga hasta el Almorzadero. Otras diez leguas de desierto en el páramo de Santurbán entre Mutiscua y Tona. Viajemos de Cúcuta en dirección a Ocaña. Allá la cordillera más baja es mucho más ancha. Se avanza por sobre una serie interminable de colinas redondas y calvas formadas por rocas secundarias en disgregación, por todo extremo estériles. Son más de cuarenta leguas de soledad y de desierto, apenas interrumpido por pequeñísimas cejas de tierra laborable. Cuando se cabalga sobre uno de aquellos lomos desolados, se divisa hacia el sur, muy al sur, la masa imponente de la sierra nevada del Cocuy, y hacia el norte las quiebras profundas por donde corren las aguas del Tarra, el Sardinata, el Catatumbo. Es la ley constante de nuestras parameras, desprovistas de toda vegetación aprovechable, no adecuadas para ningún cultivo, entregadas al azote del viento helado y al castigo de tempestades espantosas.

Vámonos a la costa del Pacífico, a la vertiente occidental de la cordillera del mismo nombre. Desde la bahía de Cupica hasta las bocas del Mataje, el mangle como único dueño del territorio, con la sola excepción de las escotaduras de Buenaventura y de Tumaco. La cordillera sirve de condensador a las evaporaciones del golfo de Panamá y las lluvias casi constantes imposibilitan todo cultivo a lo largo del litoral. Selva, calor, manglares, bejuocos, alimañas y lluvia, lluvia implacable que lo pudre todo, y no permite sino el desarrollo de una vegetación fofa y viciosa, adaptada a aquel húmedo medio, donde no hay, ni se ve posibilidad de que pueda existir una cultura humana de importancia.

Salgamos de Bogotá en dirección al sur. Nos bastará hacer esta excursión sobre la carta geográfica. En el sector comprendido por dos líneas divergentes que partiendo de Bogotá vayan a terminar, la una en las cabeceras del Putumayo y la otra en el sitio tristemente célebre de La Pedrera, y abarque hasta las fronteras del país, tendremos una extensión de 250.000 kilómetros cuadrados de territorio desierto, pues las poblaciones más importantes de toda esa vastísima comarca son los vecinos municipios de Une y de Usme y cuya producción agrícola e industrial es

para el país prácticamente nula. Si consideramos el sector oriental del país determinado por dos líneas que partiendo de Bogotá pasen, la una por el mismo sitio de La Pedrera y la otra por Tame, habremos abarcado una superficie de 360.000 kilómetros cuadrados, cuya población más importante es Villavicencio, y cuya industria, casi exclusivamente ganadera, es insignificante, dada el área inmensa que la soporta. Si volvemos a mirar hacia la región occidental hallamos al Chocó, de difíciles condiciones biológicas por los climas megatérmicos y la humedad excesiva; aquellas bocas del San Juan, invadidas por el lodazal de la marea, a muchas leguas al interior; aquel delta del Atrato que por leguas y leguas cuadradas es un campo de cieno y de juncales. Antioquia, cuyas elevadas montañas son tan conocidamente estériles para la agricultura que los famosos platos regionales se cuecen con elementos foráneos. Cuando organicé los trabajos del ferrocarril de Bolombolo a Cañafístula me di cuenta de que para un núcleo de trabajadores de relativa importancia había que llevar el maíz y el dulce de las riberas santandereanas; la carne, de Bolívar; los frijoles, de Chile; el arroz, de los Estados Unidos o del Valle. Las llanuras del Tolima, desde la hoya de Riofrío hasta El Espinal, son eriales que no podrán utilizarse ni siquiera con regadío, porque el terreno carece de elementos fertilizantes. Merece también una mención especial, en el valle medio del Magdalena, la región que nuestros geógrafos llamaban de Paturia y que los ingenieros de la Casa Berger han localizado entre Buenavista y Bodega Central, con más de 20.000 kilómetros cuadrados de superficie, donde el cauce del Magdalena está perfectamente descompuesto y no es sino un mar de vegetación que cubre otro de ciénagas y pantanos, cruzados no solo por el río principal, sino por multitud de afluentes de éste; valle terrible, que es una de las grandes enfermedades del país y ha sido un factor grave en el atraso de la república. Con más agua que tierra y más lodo que agua, en aquellos tremendales se originan las principales causas de la difícil navegación del río. El suelo en descomposición, el clima tórrido y mortal, la vegetación formidable y buena solo para crear obstáculos, es como un cáncer monstruoso en el corazón del país, que dificulta la circulación de la primera de sus arterias.

El millón doscientos mil kilómetros cuadrados de nuestro territorio, se descompone así: 7.000 kilómetros cuadrados de nieves perpetuas; 30.000 kilómetros cuadrados de páramos inhabitados;

100.000 kilómetros cuadrados de tierras frías, cultivables, densamente habitadas; 170.000 kilómetros cuadrados de tierras templadas; y 900.000 kilómetros de tierras tórridas y llanas, selvas o llanuras herbáceas, de los cuales hay 200.000 kilómetros anegadizos periódicamente en tiempos de lluvias y 50.000 kilómetros de esteros, aguazales, charcas, ciénagas y pantanos. Las tierras anegadizas y las constantemente húmedas, bajo el sol tropical, son propicias para la cría de los zancudos. La fuerza económica del país reside en el cultivo del café, que es característico de las tierras templadas. El balance es desolador: en nuestro territorio las regiones propicias al desarrollo del zancudo son 80.000 kilómetros cuadrados más extensas que las favorables al cultivo del café.

Tenemos, es verdad, las altiplanicies: la de Túquerres-Ipiales, húmeda, fría, no muy extensa, la más alta del país; la del Patía, angosta, ardiente; la de Popayán, paradisíaca, pero diminuta; el Valle del Cauca, la más grande de todas, de más de 200 kilómetros de largo por un ancho variable entre 15 y 40 kilómetros; los llanos de Murri, entre el Cauca y el Atrato; los valles de Rionegro y Medellín, tan feraces como pequeños. De este lado del río grande tenemos las planicies de Pamplona y Mogotes; el valle de Sogamoso, el de Tenza, el de Chiquinquirá, el de Ubaté, la sabana de Bogotá, ricas, pobladas, sanas, admirables. Mencionemos también las sabanas de Bolívar y la zona bananera de Santa Marta. Pero con respecto a ellas, el concepto que tenemos sobre su excelencia es algo exagerado. En vísperas de mi viaje a la Argentina tuve ocasión de ver justificado el alto precio de una de las mejores fincas de la sabana, porque el espesor de la capa vegetal varía allí de ochenta centímetros a un metro. Este espesor de capa vegetal es excepcional en el país. Recién llegado a la Argentina fuí invitado a una estancia de la provincia de Buenos Aires. Con el recuerdo y la saudable de la amada sabana de Bogotá, inquirí por el espesor de la capa vegetal. —Catorce metros—, me contestaron. Ese dato es exacto. El explica el excepcional vigor de la alfalfa argentina, de raíces profundas, prodigiosa para la sustentación de los rebaños; explica también el torrente de cereales a granel que yo vi salir, con asombro, de las bocas de los elevadores del puerto y colmar los vientres de los innumerables navíos que los llevan a las cuatro partes del mundo.

III

Verdaderas tierras de humanidad. - Latinos y anglosajones. Cuatro elementos esenciales para el progreso.

La Argentina sí es el marco natural para el asentamiento de una cultura humana. El emigrante llega allí a encontrar una tierra abierta, limpia y sana. Unas estaciones benignas que desconocen el rigor del frío y las excesivas sofocaciones estivales estimulan el organismo con sus acariciantes cambios de ambiente. No hay rincón del territorio a donde, apenas con imperceptible intervención del trabajo humano, el vehículo de ruedas no llegue a llevar la semilla y recojer la cosecha. El río y el mar están allí para conducir los productos económicamente a los remotos mercados del universo. El suelo, agradecido, da ciento por uno al esfuerzo del hombre laborioso. La fortuna sonríe en el espacio de breves años. La riqueza fomenta la cultura, funda y arraiga la civilización. Es esa una bendita tierra de indiscutido porvenir. También lo es el Uruguay, la meseta central de Chile, la parte sur del Brasil. Pero tierra de humanidad como ninguna el territorio de los Estados Unidos. Por el oriente, camino de las lluvias y de los emigrantes, una cordillera suave, que apenas alcanza a dos mil metros de altura, y que no detiene la marcha benéfica de las nubes ni la de los hombres. Un territorio plano, fértil, con un clima saludable, cruzado por una maravillosa red de arterias fluviales, con el mar interior de sus grandes lagos, con puertos admirables sobre los océanos, fácil entrada para los hombres y cómoda salida para los productos de su industria.

Una mañana de principios de octubre de 1492, una bandada de papagayos pasó volando hacia el sudoeste sobre las tres carabelas en que venía, con rumbo hacia lo desconocido, el primer almirante del océano. Colón, que hasta entonces había seguido el paralelo 26 de latitud norte, rectificó su rumbo siguiendo el vuelo de los pájaros, y jamás un augurio ha tenido importancia tan trascendental como el vuelo de los papagayos. Aquella inclinación hacia el trópico, determinó la futura colocación de la gente latina y de la gente anglosajona sobre las nuevas y prodigiosas tierras. En viajes posteriores el gran vidente de la latinidad siguió derivando más y más hacia el sur, hacia las tierras clásicas de las parlanchinas aves. Así quedó determinado el camino de los intrépidos descubridores de su estirpe, que siguieron sus huellas.

No ha sido mi intención hacer una pintura definitivamente pesimista, porque sé que en estas materias toda conclusión absoluta es falsa y arbitraria. Por muy cuidadosamente que quieran analizarse los factores de un proceso antropogeográfico, quedan por fuera tales y tantos, que toda afirmación es temeraria. Creo que se puede concluir de lo dicho, con las reservas debidas, pero sin mucho riesgo de equivocarse, que no es nuestro territorio un marco natural espontáneo y decididamente favorable para el sostenimiento vegetativo de una cultura humana. El progreso que aquí se funde, tiene que ser una obra de inteligencia y artificio, de celo y de vigilancia, que minuto a minuto allegue los elementos favorables y separe los adversos.

Porque si no tenemos en abundancia los recursos que pudiéramos llamar superficiales del territorio, en cambio disponemos de otros de más difícil acceso, pero que una vez poseídos, acaso superen en importancia y eficacia a aquellos otros de que estamos parcamente dotados. Un pensador que analiza las bases de grandeza de los estados modernos, por el aspecto material, señala cuatro pilares sobre que debe reposar todo edificio de prosperidad industrial y económica. Ellos son la posesión de hierro, carbón, petróleo y caídas de agua. Por suerte inmensa, en la partición de la tierra, hemos sido favorecidos decididamente con la asignación abundantísima de estos cuatro factores de engrandecimiento nacional. Pero quién negará que no hemos sabido ni podido utilizar el hierro; que el aprovechamiento del carbón y de la hulla blanca es imperceptible y que el petróleo lo hemos entregado y lo seguiremos entregando, como el oro, como el platino, como las esmeraldas, a la codicia de los extranjeros, sin beneficio apreciable para los hijos del país.

IV

El problema etnológico. - Rasgos característicos de los pueblos europeos. - El alma española y los caracteres de la raza. - Las razas africanas e indígenas. - Opinión de Bolívar. - Origen del "Tropicalismo". - La tradicional ineptitud colombiana. - ¿Está ya escrito el desenlace?

Os invito a pasar los ojos sobre el segundo de los elementos de la definición de Vattel: la raza. Nadie puede explicarse el alma de las razas, pues todo es misterioso e incierto en la psicología de las colectividades. A pesar de ser esto así, puede percibirse que en cada pueblo hay un rasgo característico, que, aun-

que enigmático, es persistente, arranca del pasado y subsistirá en el futuro a través de las peregrinaciones de la sangre y del espíritu. En el proceso de la civilización que diferencia al hombre del animal y que reside en la facultad de idear, de crear relaciones entre el propio yo y la materia universal, dentro de la igualdad del propósito genérico, la filosofía de la historia nos muestra variaciones cardinales: hay civilizaciones en que las facultades intelectuales predominaron y otras en que las actividades instintivas fueron preponderantes. Pueblos carniceros, pueblos guerreros como los romanos o los alemanes; pueblos traficantes y mercaderes como los cartagineses y los ingleses; pueblos místicos y artistas, como los hindúes, los griegos o los franceses, modelan tipos diversos de cultura de caracteres completos, cuya línea directriz se prolonga a través de las generaciones. El pueblo romano, a pesar de todo lo que absorbió y asimiló, no obstante su avasalladora expansión en el mundo, conservó el carácter primitivo de egoísmo, que fue el secreto de su civilización. Cuando por su dilatación por el mundo, la subyugación de otros pueblos, la confluencia de diferentes razas, la admisión de dioses extraños, su egoísmo se fue debilitando, notáronse los primeros síntomas de decadencia, hasta la época en que en el sólido e inmenso edificio del egoísmo de Roma, la argamasa fue humedecida por las lágrimas del altruísmo cristiano y la soberbia fábrica se vino a tierra. La esencia de su adusta grandeza había sido destruída. Por eso Roma transmitió al espíritu latino una melancolía que los griegos no conocieron.

En el pueblo inglés el rasgo característico es la energía, que de individual se vuelve colectiva; la energía de Robinson Crusoe, que pertinaz, indomable, hace la conquista de la tierra. Es Warren Hasting, tejiendo imperturbable, sobre los reinos alucinados, la red sutil de la compañía de las Indias, con jirones de turbantes de príncipes hindúes. Y es Disraeli, llegando al poder, tras cuarenta años de disimulada y fatigosa perseverancia, para poner la férrea mano británica sobre el Egipto, tomar el Canal de Suez y ceñir a su amada reina Victoria la diadema imperial de las Indias Orientales.

El rasgo característico de la civilización francesa es la inteligencia, que determina la razón, el orden, la claridad y el gusto. Es Rabelais que surge en pleno Renacimiento para expresar la marea que viene de abajo y está destinada a transformar la tierra. Aquellos vagabundos, histriones, frailes, médicos, soldados

y financieros que pululan en las páginas de sus libros, aquella insurrección general de la canalla rabelaisiana principia por revolucionar la propia lengua, enriqueciéndola con mil vidas y dándole el magnífico colorido de la época, y significa en lo político el advenimiento del hombre nuevo, sin raíces ni tradición, que ha de ocupar la cima de la humanidad pensadora y artística. Desprendido de esa caterva parece —acaso lo fue en la sucesión de los años— aquel vagabundo Juan Jacobo, que supo acumular en sí todas las protestas de los oprimidos, dio forma a una sensibilidad humana desconocida y modeló el espíritu del mundo contemporáneo, en las leyes, en las artes, en la literatura.

En Italia sería el sensualismo, que determina la exaltación artística de la más alta prosapia, como la de Leonardo; la política realista, en las normas crueles, sagaces y despreocupadas de Maquiavelo; los sentimientos de gloria y de grandeza personales, superiores a toda ética, vencedores de todos los principios, aún los más arraigados, como el pudor y la maternidad; lo dice el gesto impúdico y sublime de Catalina Sforza; el concepto del estado dominador y soberano que alimentó el espíritu de Julio II.

Alemania está poseída de un genio metafísico que se manifiesta en el pensamiento, en la abstracción y también en la disciplina. Es la misma crítica del conocimiento, abocada por el filósofo de Koenigsberg; es la búsqueda de la verdad objetiva a través del alma humana, sometiéndola a las infinitas vicisitudes del tiempo y del espacio, al conjuro del soplo creador del “Júpiter de Weimar”; es la disciplina “**perinde ac cadaver**”, que en el conflicto europeo mostró hasta qué extremo se obedecía el apotegma de Nietzsche: “Los hombres nacieron para la guerra; las mujeres para divertir al guerrero. Todo lo demás es locura”.

Refiriéndose a nuestro estado etnológico, Murillo Toro dijo que entre nosotros todo era café con leche: unos más café que leche y otros más leche que café. **Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad.** Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo.

El alma española es estática. Santa Teresa y Don Quijote son expresiones de esa fe transfigurada y rectilínea que menosprecia la realidad y prescinde del raciocinio y la experimentación. La

presencia de España en el estadio de la civilización podría reducirse a Cervantes y a sus pintores. En el campo de la filosofía, del análisis matemático, en física, en química, en biología, el aporte de España a la cultura universal es casi nulo. En tierra española no se ha levantado ninguno de esos luminares excelsos que guían el espíritu humano y señalan nuevas rutas para la conquista de la sabiduría. Ninguno de sus poetas puede aspirar a la corta y escogida compañía que comprende los nombres de Homero, de Dante, de Shakespeare, de Camóens y de Goethe. En el campo de las especulaciones intelectuales, carecemos de ascendientes egregios. Otros caracteres de la raza pueden simbolizarse en algunos de sus prohombres: el valor guerrero en un Gonzalo de Córdoba, en Hernán Cortés, y en Pizarro. La bizarría en el Cid. La terquedad en Pedro de Luna. La intolerancia en Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola. El acerado temple del alma femenina en Isabel la Católica. La falta de sentido político en Felipe II. El formidable predominio universal español, obra del talento político de Fernando e Isabel, poderosamente ayudados por la buena fortuna y la casualidad, y cimentado por el genio imperial de Carlos V, sucumbió por el desfile de monarcas ineptos. Felipe III, dirigido por su caballerizo; Felipe IV, asesorado por una monja, bajo cuyo reinado se publicó una pragmática que "prohibía la impresión de nuevos libros, pues ya hay demasiada abundancia de ellos"; Carlos II, el hechizado; Carlos IV, cubierto de afrentosa y conyugal ignominia; Fernando VII, déspota e hipócrita; Isabel II, la protagonista de "la Farsa y Licencia de la reina castiza". Debajo de toda aquella imbecilidad y de toda aquella concupiscencia, un pueblo alborotador o fanatizado; pero sin clara conciencia de su dignidad y de sus conveniencias por la ignorancia en que hallábase sumido. Hoy, todavía la proporción de analfabetos que existe en España es del 59 por ciento. Pueblo heroico, se desangró en luchas intestinas, encendidas por la pasión irreflexiva, pero no supo hacer rodar del trono, con cabeza o sin ella, a aquellos imbéciles que ocasionaron su decadencia. Como no sabía leer fue baldía la opinión del P. Mariana. Librenos el cielo de que al heredar la dureza de Asturias o la gracia andaluza, el ímpetu de Extremadura o la sequedad catalana, la tenacidad de los vascos o la orgullosa desidia de los castellanos, no nos haya tocado también recibir la miopía, la ineptitud y la pereza de los gobernantes y la cobarde y dañosa resignación de soportarlos.

Otros primitivos pobladores de nuestro territorio fueron los africanos, que los españoles trajeron para dominar con ellos la naturaleza áspera y huraña. El espíritu del negro, rudimentario e informe, como que permanece en una perpetua infantilidad. La bruma de una eterna ilusión lo envuelve y el prodigioso don de mentir es la manifestación de esa falsa imagen de las cosas, de la ofuscación que le produce el espectáculo del mundo, del terror de hallarse abandonado y disminuido en el concierto humano.

La otra raza salvaje, la raza indígena de la tierra americana, segundo de los elementos bárbaros de nuestra civilización, ha transmitido a sus descendientes, el pavor de su vencimiento. En el rencor de la derrota, parece haberse refugiado en el disimulo taciturno y la cazurrería insincera y maliciosa. Afecta una completa indiferencia por las palpitaciones de la vida nacional, parece resignada a la miseria y a la insignificancia. Está narcotizada por la tristeza del desierto, embriagada con la melancolía de sus parámos y sus bosques.

Eso en cuanto respecta a los elementos puros. Pero la población de los tres orígenes se ha mezclado profusamente. "No sabemos a qué raza pertenecemos", dijo el Libertador. Y en otra ocasión escribía: "Guardémonos de olvidar que nuestro pueblo no es ni el europeo ni el americano del Norte; más bien es un compuesto de América y de Africa, que una emanación de Europa, puesto que España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter".

Los efectos inmediatos y remotos de la mezcla de razas son problemas dilucidados ampliamente por los etnólogos. Otto Ammon formuló una ley: "En los mestizos se combinan las cualidades discordantes de los padres y se producen retornos hacia los más lejanos antepasados; las dos cosas tienen por efecto común que los mestizos son fisiológica y psicológicamente inferiores a las razas componentes". Las aberraciones psíquicas de las razas genitoras se agudizan en el mestizo. En los viajes de Livingstone se lee, hablando del Zambezé, que halló siempre a los mestizos más crueles y sanguinarios que los portugueses. Un portugués decía al mismo viajero: "Dios hizo al hombre blanco; Dios hizo también al hombre negro; pero al mulato lo hizo el diablo".

Entre nosotros no ocurre, como en Argentina y Chile, en donde todo vestigio del hombre africano ha desaparecido. Tampoco tenemos la situación del Perú y el Ecuador, en donde el elemento blanco no alcanza sino al seis por ciento de la población, mientras el elemento indio sube al 70, y el resto se divide entre africanos y mestizos. Somos un pueblo en donde el mestizaje (mezcla de español y de indio) es preponderante. Un antropólogo argentino, Ayarragaray, ha formulado una ley que parece aplicable con exactitud a nuestra población: "el mestizo primario es inferior al progenitor europeo; pero al mismo tiempo es a menudo superior al antiguo indígena". El mestizo primario no constituye un elemento utilizable para la unidad política y económica de América; conserva demasiados los defectos indígenas; es falso, servil, abandonado y repugna todo esfuerzo y trabajo. Solo en los cruces sucesivos de estos mestizos primarios con europeos se manifiesta la fuerza de caracteres adquirida del blanco.

En las naciones de América donde preponderan los negros reina también el desorden. Haití es el ejemplo clásico de la democracia turbulenta e irremediable. En los países donde el negro ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y el Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política, con sólidas bases de estabilidad. El mulato y el zambo, que existen en nuestra población, son los verdaderos híbridos de América. Nada les debe a ellos la cultura americana. Ayarragaray afirma que los hijos de la unión de negros con zambos o con indios son inferiores a sus padres por la inteligencia y por la fuerza física; tienen una voluntad débil, dominada por pasiones groseras. A la flaqueza de carácter unen una inteligencia poco lúcida, incapaz de análisis profundo, de método, de ideas generales; el amor al bullicio, el hábito de hablar a gritos, cierta abundancia oratoria y una retórica pomposa, que es precisamente lo que se llama "tropicalismo".

Me parece que no es necesario, ante un auditorio ilustrado como el que me escucha, deducir una a una las desagradables conclusiones. Bástenos con saber que ni por el origen español, ni por las influencias africana y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental, ni la conquista de una civilización independiente y autóctona.

La cultura colombiana es y será siempre un producto artificial, una frágil planta de invernadero, que requiere cuidado y atención inteligente, minuto tras minuto, para que no sucumba a las condiciones adversas. Sobre las porciones del territorio favorables a la vida humana se agrupará la población, haciendo pie en ellas para intentar la conquista de los recursos naturales que existen, pero que no pueden ser alcanzados ni disfrutados por un pueblo inculto e inferior. El mayor esfuerzo que ha hecho nuestra raza hasta el presente ha sido la plantación del café. Siendo casi la única industria del país, las estadísticas demuestran que su producto quizá apenas alcance a pagar el costo de la alimentación y el vestido de la actual población colombiana. La diferencia la estamos supliendo con riqueza pública que se enajena. Los otros recursos naturales que poseemos, y de que atrás hablé, el hierro, el carbón, el petróleo y las caídas de agua, no pueden hacerse productivos con el mismo escaso esfuerzo que requiere sembrar una planta, cuidarla y esperar unos años para recoger la cosecha. Son recursos que no se entregan sino a un pueblo inteligente y capaz, con capacidad técnica y económica, de que nosotros no disponemos. ¿Qué cosa más sencilla que la explotación de una mina de esmeraldas? Con costo reducido se extrae la gema, que tiene un mercado seguro por la exclusividad práctica de la producción. Debajo de los flamantes avisos de nuestras oficinas de propaganda debiera colocarse una sentencia que sería exacta. "Las primeras minas de esmeraldas del mundo poseídas por un pueblo imbecil, que no ha sabido sacar ningún provecho de su propiedad". El segundo país productor de platino, pero no dice que ese platino está ya enajenado irrevocablemente por la torpeza colombiana a manos extranjeras, y que su explotación aumenta la riqueza pública y privada de Inglaterra o de Estados Unidos, pero en ninguna forma la colombiana.

Hasta hace poco los únicos colombianos que se beneficiaban en algo del platino eran los negros del Chocó mediante el duro y crudelísimo sistema del mazamorreo. El negro se ata una piedra a la cintura y se arroja al fondo del río de donde saca un poco de arena que luego lava en la orilla.

Esta rudimentaria industria pareció una competencia intolerable a las compañías extranjeras que explotan los aluviones donde se halla el platino, con poderosas dragas. Y acudieron por medio de sus representantes a ese ministerio de industrias

en donde dizque flota la bandera de un celoso nacionalismo, y obtuvieron una resolución por la cual se prohíbe a nuestros infelices compatriotas el ejercicio de esa mísera industria.

Y se habla del oro, sin tener en cuenta que también el oro está casi íntegramente en poder de compañías extranjeras y que su explotación no reporta al país más provecho que la insignificante suma a que montan los jornales de los mineros.

¡Y nuestros ganados! No se paran mientes en que un animal ordinario, lleno de huesos y de cornamenta, en pie, en las sabanas de Bolívar, tiene un precio tres veces superior al del animal argentino de magnífica raza, pasado por el frigorífico para venderlo en los mercados europeos. ¡Y nuestras minas de carbón! En esta capital, en cuyas cercanías hay un denso manto carbonífero, el precio que pagamos por el que se consume en nuestras cocinas es cuatro veces superior al que se paga en Buenos Aires por el que llega a través del Atlántico desde Inglaterra.

¿Qué faltó el año pasado para que se regalaran a un gobierno extranjero, por conducto de un agente, los recursos petrolíferos de Urabá?

Es preciso recordar que el Congreso estaba dando votos de aplauso por unanimidad a un contrato que enajenaba aquella rica porción de nuestro patrimonio, y que tomaba esa actitud inexplicable sin haber siquiera leído el contrato. Si Alfonso López y yo no resolvemos salir a la lucha en la prensa y en la tribuna, y si ese venerable patricio que era el doctor José Ignacio Escobar, desde la cumbre de su honorabilidad y la serena calma de su retiro, no refuerza nuestras opiniones con su concepto, tan decidido como respetable, aquella otra mutilación de nuestra riqueza se hubiera consumado, por la incomprensión del congreso y la incompetencia del gobierno. Porque suele ser expresión frecuente que los actuales mandatarios pueden no estar preparados en algunos ramos de la administración pero que son sabios profundos en la disciplina del derecho. Mas he aquí que con todo el estruendo posible se anuncia una nueva política del petróleo; se hace consistir esa política en un decreto ejecutivo, y a poco tiempo resulta que tal decreto, en concepto de sus mismos autores, está lleno de disparates jurídicos, viéndose en el caso de suspenderlo. ¡Qué exhibición de falta de se-

riedad ante los extranjeros! Y si en lo que se les considera peritos se equivocan en esa forma ¿qué pasará en todos los ramos en que son inexpertos?

El problema se llena de sombras cuando se considera que la situación de nuestro país en el globo terrestre establece una suerte de determinismo geográfico. La distribución del calor y de la humedad no hace apto nuestro territorio para el establecimiento de una buena organización social. Somos una especie de inmenso invernadero, un depósito de incalculables riquezas naturales, que no hemos podido disfrutar, porque la raza no está acondicionada para hacerlo. Pero en nuestra vecindad inmediata, encima del Trópico de Cáncer, hay una vasta sociedad humana, definitivamente constituída e industrializada, la que habita la América septentrional, o sea, en la zona templada y fría, que ambiciona y que necesita disfrutar del inmenso almacén de primeras materias que se encuentra en nuestro suelo, y que posee todos los recursos y la técnica necesarios para aprovecharlos.

Hallámonos, pues, en presencia de un conflicto biológico. Las agrupaciones formadas en marcos naturales idóneos tienden a desbordarse sobre aquellas otras en que el hombre, peor instalado, no domina; antes, es dominado por la exuberante naturaleza, que al mimarlo, brindándole una vida fácil, aunque miserable, como en las orillas del Magdalena, con el pescado y con el plátano, lo reblandece y subordina a los que se fortalecieron en ásperas batallas por la conquista de un positivo bienestar y fueron además favorecidos por otras circunstancias como la sangre, la posición y los contactos con la cultura universal.

Horroriza pensar que el desenlace esté ya escrito en el libro del destino de América. ¿Seremos ineluctablemente presa de los americanos del Norte? Ya perdimos la zona ístmica, que nos daba una preeminencia en el mundo. Ya los puertos de Cartagena y Santa Marta están bajo la influencia decisiva de compañías norteamericanas. Ya nuestros minerales más preciosos salieron del patrimonio nacional. El único petróleo que se explota es de los norteamericanos. La lucha biológica, lenta, pero sin alternativas, devoradora y fatal, está en plena marcha. Cada día que pasa, perdemos algo. Cada día adquieren algo nuestro los más capaces, los más ricos, los más fuertes.

No podemos darnos el lujo de la ineptitud. - La intelectualidad colombiana. El partido conservador gobierna sin capacidad. - Paralelo con la época de la decadencia española. - Los príncipes del Amazonas. - Objeciones del doctor Pangloss. - El país se endeuda para cosas que no se ven.

En estas amenazadoras circunstancias no podemos darnos el lujo de la ineptitud. Sólo una dirección inteligente, desvelada y sagaz de los negocios del Estado puede intervenir con eficacia para desviar el curso de sucesos que parecen seguros. Sólo en la lucha de todos los minutos contra los factores adversos y en la utilización minuciosa de los favorables, a base de ciencia y de conocimiento, de trabajo y de infatigable energía, será posible acaso contrarrestar el imperativo categórico de las influencias del medio, que nos amenaza tan de cerca, que ya nos muestra el principio de su efectividad y descubre en lontananza los resultados de su desenlace fatal.

¿Tiene Colombia esa dirección ilustrada y activa? La respuesta es negativa, y no es difícil demostrarla. Aquí hemos vivido creyendo en la intelectualidad colombiana. Este es uno de esos valores convencionales que no resisten el análisis. ¿Dónde está la producción intelectual del país? En el campo de las ciencias filosóficas, exactas y naturales, como en el de las bellas artes, Colombia es un desierto. Ya se sabe que el diccionario de construcción y régimen es una obra trunca que tuvo cimentación equivocada. Las traducciones de Virgilio interesan a los bibliómanos. El único libro colombiano que se lee fuera del país es la *María*; pero la *María* no basta para sostener una reputación nacional. Se dirá que Colombia ha producido muchos poetas; que casi todos sus hijos son poetas. Pero aun en el terreno de la poesía, ¿dónde está el canto lírico que merezca llegar a una antología universal, porque responda a un sentimiento trascendente y profundo y haya llevado a otras lenguas y otras razas una muestra de nuestro espíritu? Menéndez Pelayo, que por su ideología simpatizaba con Colombia tan vivamente, no se atrevió a incluir en su selección de las mejores poesías castellanas ninguna modulada aquí. Vivimos muy satisfechos de nuestra prensa; pero si se exceptúan 3 ó 4 diarios que se preocupan por la redacción y la divulgación de las ideas, ¿qué son los otros sino pedazos de papel cubiertos de ilustra-

ciones y de avisos y de prosa desmañada y manida, sin una vibración artística, sin un brote de luz, sin ninguna preocupación intelectual? No existe en el país una sola revista científica, porque las que presumen de tales se alimentan de recortes mendicantes de publicaciones extranjeras y adolecen de una falta de originalidad, que enferma de tristeza el espíritu del patriota. Y aquí cerca tenemos las ruinas abandonadas del Observatorio Nacional.

El partido conservador, que tiene la responsabilidad del gobierno, pidió desde la oposición que el Estado se condujese conforme a normas razonables e ilustradas, y presumió por bastante tiempo, después de haber ascendido al poder, que estaba realizando lo que de su adversario había exigido. Y Núñez, Caro, Martínez Silva y tantos otros orientaban al partido con sus escritos y defendían los intereses públicos de acuerdo con sus principios. Hoy el partido conservador gobierna sin pensadores, sin periodistas, sin oradores y sin hombres ilustrados. El partido liberal está muy satisfecho de ese estado y ni siquiera considera necesario informarse de lo que pasa. Es obvio que del parlamento debieran irradiar orientaciones ideológicas para la república. Pero ¿quién se atreve a hablar sin risa de las orientaciones ideológicas que hayan surgido de nuestros últimos congresos? Individuos que no han abierto un libro se declaran suficientemente instruídos sobre todos los negocios del Estado y votan de acuerdo con los instintos del caciquismo, más que con las normas de un pensamiento reflexivo. La posesión del poder no se considera como un mandato para procurar el bienestar público, confiando la administración únicamente a los idóneos y a los capaces, sino como una ocasión de distribuir el erario entre los nepotes, aunque eso traiga el forzoso resultado del predominio de la incompetencia.

¡Cómo se parecen los tiempos que vivimos a la época vergonzosa de la decadencia española! Podría hacer un dilatado paralelo para demostrar que transitamos los mismos caminos de decrepitud, de ceguera y de torpeza; pero me falta el tiempo, y he de limitarme a algunos rasgos. Cuando el Duque de Lerma recibe de las manos ineptas de Felipe III la suma total del poder absoluto en el gigantesco imperio español, su principal cuidado es repartir entre sus nepotes y deudos las prebendas del Estado. Inmediatamente comenzó a desmoronarse el poderío

español. Pero eso no le importaba al monarca, que jamás quiso leer las relaciones de sus virreyes, ni las reclamaciones de sus súbditos, y divertía sus constantes ocios en la cacería de palomas. El imperio español, el más rico del orbe, estaba dándose el lujo de la ineptitud. Cuando el pueblo daba señales de descontento, se inventaba una conspiración de los moriscos, que eran los comunistas de entonces, se emprendía la represión cruelísima, se encendían las hogueras de los quemaderos, que divertían y sosegaban al pueblo ignorante y fanatizado, y los ministros podían seguir tranquilos en el despilfarro y en el robo, y en la distribución de las prebendas públicas entre sus deudos y nepotes. Cuando Felipe IV se entrega en brazos del Conde-Duque de Olivares, codicioso, fanático y terco, como muchos de nuestros políticos, y como ellos, también fervoroso nepotista, continúa España dándose el lujo de la ineptitud. Se cerraron casi todos los colegios y de las universidades desaparecieron las cátedras de matemáticas. Las universidades, como toda la administración, eran presa del favoritismo. Escondiendo la incompetencia tras una piedad mentirosa, como también ocurre entre nosotros, se dispuso por la ley como esencial para adquirir los títulos universitarios que los graduandos repitiesen las palabras de la Purísima Concepción en el primer instante de su animación, siendo secundario lo atañadero a la ilustración de los profesantes. Cuando tuvo lugar la insurrección de Portugal que, como la de Panamá, se consumó sin la efusión de una sola gota de sangre, el Conde-Duque se acercó al rey para felicitarle por aquel suceso, diciéndole que si se había perdido el reino de Portugal, el patrimonio personal del rey se había acrecentado con unos solares en Castilla, que pertenecían a Juan de Braganza, el jefe de los insurrectos. También, cuando la separación de Panamá, se le ocurrió a alguno pensar como consuelo que allí donde no había sino una república se habían formado dos. Cuando en Flandes, en el Rosellón, en Italia, en Cerdeña, en las costas del Mediterráneo, asoladas por los piratas berberiscos, las armas españolas sufrieron descalabros sucesivos y perdían hasta cuarenta batallas campales, el rey se hacía retratar por Velásquez, llevando en la diestra, en vez del cetro real o de la espada, la escopeta de cacería. Y cuando pierde la batalla de Villaviciosa, lejos de buscar las causas del desastre en la indisciplina de las tropas y la impericia, cobardía y corrupción de los generales, se deja caer al suelo, diciendo: "Ha sido disposición del Altísimo. Respetemos su santa voluntad".

No le parecía a España suficiente esa ineptitud, y soportó a Carlos II el Hechizado, una miseria humana atormentada por la enfermedad y la creencia en agüeros y hechicerías. Y el pueblo, imbuído en las quimeras de la superstición, en lugar de quitarle la corona, se limitaba a buscar exorcistas que le arrojaran los demonios del cuerpo y taumaturgos que le hicieran abluciones y asperges. Y cuando Godoy, que deshonraba el tálamo de Carlos IV, tuvo que firmar la paz con Francia, debiendo cederle la isla de Santo Domingo, el pueblo español se ponía feliz con aquel resultado, encendía luminarias por toda la Península, y el ministro recibía el dictado de "Príncipe de la Paz". Esa alegría por los fracasos, cómo es de parecida a la que acaba de sentir Colombia porque una cuestión litigiosa se ha definido de modo irrevocable con la pérdida práctica de nuestro condominio en el Amazonas. ¡Cuántos de nuestros Godoyes se están disputando el título de "Príncipes del Amazonas" ahora que lo hemos perdido! Sólo la profunda ignorancia en que el pueblo colombiano vive de sus tradiciones y de sus derechos le ha permitido sentir regocijo por esta nueva mutilación, como la ignorancia crasa del pueblo español le permitía alegrarse por el derrumbamiento de su imperio. Todos los que han aplaudido el tratado con el Perú no saben lo que hacen. Podría extenderme más sobre esto, pero también me falta tiempo.

El doctor Pangloss, que tiene entre nosotros muchos discípulos, tomará la palabra para opinar: todo lo dicho es pesimismo. ¿Acaso no tenemos instituciones libres, iguales a las mejores del mundo? ¿Acaso no han crecido las rentas del Estado? ¿Acaso no se están adelantando las obras públicas? ¿Acaso el crédito del país no lleva un ritmo ascendente? Y, señor conferencista, ¿acaso usted no era de los que hasta hace poco entonaban la salmodia del optimismo, y aparecían como abandonados de un progreso vertiginoso?

Contestaré al doctor Pangloss, brevemente, y para terminar. No olvide, doctor Pangloss, que el régimen de la libertad ordenada empezó entre nosotros con la administración del general González Valencia. Es, pues, contemporáneo de la generación del centenario, que no se siente vieja. Si es prematuro dar un juicio definitivo sobre aquella generación, que parece no haber dado de sí todo lo que puede, más lo sería considerar ese régimen como una adquisición definitiva. ¡Ojalá sea así!

No olvide tampoco que el régimen del orden en las finanzas, del equilibrio de los presupuestos, de la fundación del crédito interno y externo datan del segundo año de la administración del general Ospina. Es, pues, una cosa recién nacida, que no tiene todavía un lustro, y cuyas condiciones de vialidad no pueden ser fijadas con exactitud. Respecto de las obras públicas el cambio de frente, mejor, el cambio de impresión, lo motivan algunos guarismos decisivos. El gobierno del general Ospina, en los cuatro años, en todas las obras de progreso acometidas sobre el territorio nacional, gastó 36 millones de pesos. En sólo dos años el presidente Abadía ha consumido en el conjunto de los gastos públicos 153 millones de pesos y en obras públicas, en los dichos dos años, 55 millones; diez y nueve millones más que el general Ospina en todo el período. Durante la administración del general Ospina se aumentó la red ferroviaria del país en 800 kilómetros, de los cuales 500 fueron construídos por el gobierno nacional con un costo de veinte millones; ¿dónde están los kilómetros construídos por el doctor Abadía, que, como vimos, ha gastado en dos años una mitad más que Ospina en todo el período? Cuando terminó la administración anterior la explanación del ferrocarril del Norte quedó concluída en el Claro, la del Tolima-Huila en Natagaima, la de Puerto Wilches en el Conchal y los rieles en los suburbios de Armenia. Si no se pudieron enrielar esos trayectos, fue porque la sequía prolongada del río Magdalena, por un verano excepcional, impidió la llegada de los elementos extranjeros hasta los campos de trabajo. En frente de los 500 kilómetros construídos por el general Ospina, ¿qué presenta prácticamente el doctor Abadía, sino el enrielado de unos trayectos?

Se puede ser optimista cuando el país se endeuda para obras que se construyen y se ven, pero no cuando se endeuda para cosas que no se ven. Los doce y más millones de pesos consumidos por el Ministerio de Guerra a favor de la comedia grotesca del comunismo, en compras de bayonetas y de espadas, que es hierro improductivo, cuya virginidad perpetua puede garantizarse, y los millones de la policía, y los de la burocracia ensanchada por el nepotismo, y el fausto automoviliario de los funcionarios, y el tren consular y diplomático, y la desidia en la administración, que es lucro cesante, ¿no son motivos para cambiar el optimismo más fervoroso en una grave preocupación? Yo he sido partidario de que venga dinero extranjero a inver-

tirse en obras reproductivas, manejadas celosamente, con probidad, con pericia, con economía, por lo mismo que sé que nuestra cultura no puede ser espontánea y tiene que ser hija de la inteligencia y del capital; pero no puedo ser partidario de que venga dinero norteamericano a invertirse en gastos comunes, en instrumentos de matanza y de tiranía, en fomentar los vicios de la burocracia y la holgazanería remunerada por el gobierno, y en hacer viajar por Europa una bandada de cotorras diplomáticas. Los dineros que están llegando desaparecen. Pero las deudas no desaparecen ni se extinguen. En el momento de cubrir los intereses o de pagarlas, no vamos a poder hacerlo con las bayonetas oxidadas del Ministerio de Guerra, ni con las cuentas alegres del Ministerio de Obras Públicas, ni con los uniformes usados de los policías innecesarios, ni con los bufetes de la burocracia judicial y administrativa, ni con los espadines y los plumajes de nuestros diplomáticos. Los tendremos que pagar entregando nuestro petróleo, nuestro hierro, nuestro carbón, todas las materias primas que guarde nuestro territorio. Es que estoy convencido de que no nos podemos permitir el lujo de la ineptitud y de que por el camino que se nos lleva avanzamos hacia la sujeción económica y la pérdida de la soberanía.